

Los desafíos de la Iglesia en el Año de la Fe

por Jesús María Silveyra

El pasado 11 de Octubre, ha comenzado para la Iglesia Católica, el llamado “Año de la fe”, convocado por el Papa Benedicto XVI, con el objeto de reflexionar sobre la misma. En el mundo de hoy, pareciera que este llamado no tiene mucho sentido, porque el hombre está perdiendo no sólo la fe, sino el propio “credo” en un Dios que está por encima del hombre. Es así como el número de “creyentes” (sobre todo en Occidente) pareciera en franco retroceso, al tiempo que la fe en un Dios Todopoderoso, creador de todas las cosas, que envió a su Hijo para salvar y redimir a la humanidad del pecado y de la muerte (visión cristiana), ha sido reemplazada por la fe en la ciencia y la tecnología, en la razón o, simplemente, en la propia existencia humana, matizada por la fe en un equipo deportivo, un conjunto de rock, un producto de consumo masivo, una empresa o, en el eterno “don dinero”. Pese a ello, la Iglesia continúa hablando de la necesidad de esta “nueva evangelización” ya que la búsqueda y el deseo de Dios están inscritos en la naturaleza del hombre y en algún momento se producirá el encuentro, merced a la acción de la gracia divina y la apertura del corazón del ser humano.

Hace unos días tuve la fortuna de poder entrevistar para “Valores Religiosos” al padre Raniero Cantalamessa, predicador de los Papas desde el año 1980, para quien, son tres los desafíos que atraviesa la fe en este mundo post-moderno y, por ende, que debe enfrentar la Iglesia en el proceso de renovación espiritual y re-evangelización: el científicismo, el secularismo y el racionalismo. Quisiera detenerme en un aspecto del segundo, esto es, del secularismo. El padre Raniero señaló que una de las características más importantes del secularismo (entendido como el intento de separar a Dios y a la religión de la vida cotidiana o, si se quiere, de eliminar el sentido trascendente de la existencia humana), se ve reflejada en la pérdida de la fe en la vida eterna. Por ende, en una visión exacerbada de la muerte que lleva al hombre a querer vivir eternamente en este mundo, a no preguntarse sobre la escatología o al aferrarse a ideas que le permitan dilatar o postergar las respuestas. En una palabra, al no plantearse el tema de la muerte, no se plantea el de la vida después de la muerte.

Es interesante observar que tanto en el llamado “Credo de Nicea” (“...espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro”), como en el “Credo de los Apóstoles” (“...creo en la resurrección de la carne y la vida eterna”), se termina de hacer la profesión de fe, con esta afirmación de creencia en la resurrección y en la vida eterna. Por lo tanto, el hombre que no cree en esto, tampoco puede hacer una profesión de fe en ello. A veces pienso que esta falta de fe, también se deriva de una visión demasiado rigorista de la Justicia Divina, que las viejas generaciones hemos adquirido en la infancia y tal vez trasladamos inconscientemente a las generaciones más jóvenes. Es claro que para heredar la vida eterna, hay que ser merecedor de la salvación y para ello, sigue siendo absolutamente necesario plantearse el Juicio final, la naturaleza de las acciones, el sentido del mérito y, en definitiva, la existencia del mal y el pecado. Pero ello no debe

apartarnos de la visión más redentorista de la Justicia Divina, donde la Misericordia se convierte en el atributo más grande de Dios.

Benedicto XVI, en la Carta Apostólica “*Porta Fidei*” con la que convocó a vivir este “Año de la fe” nos abre una puerta de luz para renovar nuestra fe y la de todos nuestros hermanos. Fe que a mi modesto entender debe iluminarse en la promesa de salvación y en la esperanza en un vida nueva y eterna, confiados en llegar al abrazo definitivo con nuestro Padre celestial, cuando podamos “verlo” cara a cara. Creo que sin esperanza, sin esa fe en lo que está por venir, el hombre pierde la perspectiva de lo trascendente y, consecuentemente, se “desliga” (lo contrario al “religarse”) de lo que proviene de lo alto, se horizontaliza en su humanidad, en su humus, y cae preso en el laberinto de ese cientificismo, racionalismo y secularismo, que no le aportan respuestas trascendentales y lo alejan de la caridad.

“La puerta de la fe, que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros...”, señala Benedicto XVI al comienzo de la mencionada Carta Apostólica. Quiera Dios que en este “Año de la fe”, quienes han perdido la fe se dejen plasmar por la gracia que transforma y que siempre está llamando a la puerta, partiendo de la búsqueda que, como dice le Papa en la mencionada Carta: “es un auténtico preámbulo de la fe, porque lleva a las personas por el camino que conduce al misterio de Dios”.